

Durante la temporada de Pascua, nuestro enfoque comienza en el Misterio Pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo, y termina con la ascensión de Jesús al Cielo y el descenso del Espíritu Santo sobre María y los Apóstoles, por medio del cual Jesús confirma su Iglesia, el Cuerpo de Cristo. En este quinto domingo de Pascua, ya más de la mitad de esta temporada tan sagrada, comenzamos a cambiar nuestro enfoque más intensamente hacia el Espíritu Santo y la Iglesia.

La obra de Dios es tan radical, tan revolucionaria, que incluso sus mejores discípulos necesitan ayuda para creer en su plan. Saulo ahora está predicando el Evangelio y proclamando la fe en el nombre de Jesús; él quien fue el enemigo de la Iglesia se ha convertido en su mejor amigo. Es increíble. Incluso los apóstoles exigen que Bernabé testifique en nombre de Saulo. Pero el fruto del ministerio de Saulo es innegable. Está hablando con valentía en el nombre de Jesús, y discutiendo de manera tan enérgica contra los oponentes de la Iglesia que ahora quieren condenar a muerte a Saulo, el mismo que entraba en las casas y acorralaba a los cristianos para encarcelarlos y perseguirlos. Parece que el mundo entero se ha puesto patas arriba.

Dado que Dios a menudo actúa de manera tan radical, es esencial que sus fieles se tomen el tiempo necesario para discernir cómo Dios está obrando en nuestras vidas y, de la misma manera, qué tan bien nos estamos disponiendo para que el Espíritu de Dios obre a través de nosotros y nos lleve fruto para su Reino.

¿Cómo "conoceremos que somos de la verdad" y que "[permanecemos] en la vid"? San Juan nos dice que "si nuestra conciencia no nos remuerde," y si "creemos en la persona de Jesucristo... y nos amemos los unos a los otros," entonces sabremos "que él permanece en nosotros" "por el Espíritu que nos ha dado." Jesús nos dice que si permanecemos en la vid, entonces daremos "fruto abundante," nos manifestaremos así como sus discípulos y glorificaremos al Padre. Habrá indicadores verificables en nuestra vida que nos identifican como el Cuerpo de Cristo, o que no lo hacen, y nos conoceremos a nosotros mismos al tomarnos el tiempo para reconocerlos en nuestra vida. Y estos mismos indicadores son cómo Dios decide si podarnos para obtener más fruto o cortarnos y sacarnos de la Vid de la Vida.

Hay un discernimiento divino que está sucediendo y, por lo tanto, debemos ser un pueblo que discierne.

Si ha priorizado su tiempo para estar presente hoy, entonces hemos tenido un buen comienzo. Estamos cumpliendo el mandamiento de amar al Señor y amarlo primero. ¿Es este un aspecto regular de nuestras vidas? ¿Es una prioridad asistir a misa los domingos y días santos? ¿Trataríamos de asistir a misa en algún momento de la semana, o visitar la iglesia y orar, para expresarle a Dios cuánto lo amamos?

¿Amo yo a mi prójimo? ¿Estoy yo realizando obras de misericordia, especialmente para los más necesitados: los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los desamparados, los enfermos, los encarcelados, los dudosos, los ignorantes, los pecadores, los afligidos, los enemigos, los muertos? Nadie está demasiado lejos para recibir la misericordia de Dios. ¿Pero permanecemos nosotros en Dios? ¿Estamos nosotros lo suficientemente cerca de la Vid para ser sus sarmientos y los brazos extendidos de su misericordia a todas estas personas que más lo necesitan? ¿O con quién tenemos miedo de ser misericordiosos? Cuando Dios espera encontrar su fruto, ¿encontrará el sarmiento que lo produzca?

Si el Espíritu Santo está vivo dentro de nosotros, si se le permite vivir, moverse y tener su ser dentro de nosotros, entonces debemos esperar ver estos frutos: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, perseverancia, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. ¿Qué tan bien nuestras vidas (nuestras palabras, nuestras acciones) muestran estas características?

¿Qué tan bien damos este fruto? El viñador divino está en movimiento, y viene con la espada, la hoja divina de su Palabra y su Espíritu para cortar los sarmientos. Y, como sarmientos de la vid, seremos cortados, de una forma u otra.

Dios está obrando: cortando. Nos cortará a todos. Se cortará cada sarmiento. De hecho, los sarmientos más sanos y fructíferos serán los que más se corten. Lo innecesario, infructuoso, indigno, será arrancado. Para el sarmiento fructífero, esto permite una disminución de la energía desperdiciada, un nuevo espacio para un nuevo crecimiento y un aumento en el rendimiento de la fruta. Para el sarmiento estéril, esto permite una mirada más honesta a la vida de uno, que ya no está unida y rodeada por esos sarmientos sanos y fructíferos; ahora solo pueden verlos de lejos, desapegados, y sin la fragancia de una nueva vida.

Un sarmiento arrancado, aún no quemado, todavía se puede injertar nuevamente en la vid. La misericordia de Dios es todopoderosa. E incluso el sarmiento más obstinado e infructuoso seguirá siendo útil para el viñador, porque lo usará como combustible para el fuego que sirve para quemar los otros sarmientos infructuosos.

¿Somos lo suficientemente mansos y tolerantes como para permitir que Dios nos corte, que nos ame, como él desea? Cuando la respuesta sea sí, y cuando sea el momento oportuno, veremos el fruto, de forma radical e innegable.